

lado por el papa Sisto V, y cuya propiedad era la de volverse negro cuando se le aproximaba á una sustancia envenenada. No dejó de hacer el cardenal la prueba sobre la torta preparada por Bianca. Sucedió lo que había previsto. Al acercarle á la torta, el ópalo se oscureció, y el cardenal declaró que habiéndolo pensado bien no comería la torta. Insistió el duque un instante; mas viendo que eran inútiles sus instancias:

—Pues bien, dijo volviéndose hácia su muger, puesto que mi hermano no come su plato favorito, me lo comeré yo, á fin de que no se diga que una gran duquesa se ha hecho pastelera inútilmente.

Y se sirvió un pedazo de la torta.

Hizo Bianca un movimiento para impedirlo, pero se contuvo.

Era horrible la posición, era preciso que confesase su crimen ó que dejase morir á su marido emponzoñado. Echó una rápida ojeada sobre su pasada vida y vió que había agotado todos los goces de la tierra y alcanzado todas las grandezas humanas.

Fué rápida su determinación cual lo había sido el día en que había huido de Venecia con Pietro: cortó un pedazo de torta igual al que había comido el gran duque, le alargó una mano y comió con la otra sonriendo, el pedazo envenenado.

A la mañana siguiente Francesco y Bianca habían muerto. Un médico abrió sus cuerpos por orden de Fernando y declaró que habían sucumbido de una fiebre maligna. Tres días después el cardenal había arrojado su capelo y subido sobre el trono.

Esta es la historia de la estatua que se levanta sobre la plaza de la Dársena de Liorna. La carrera del cardenal fué todavía notable por otros muchos actos; testigo los cuatro esclavos encadenados que adornan el pedestal de su estatua: pero creemos haber contado la parte mas curiosa y mas interesante de su vida, y si además quieren nuestros lectores conocer mas detalles pueden consultar á *Galucci*.

Como en la plaza además de la estatua hay una porción de coches de alquiler, subimos á uno de ellos y nos hicimos llevar á la iglesia de Montenero. Encierra esta iglesia una de las madonas mas milagrosas que existen. Quiere una tradición popular decir que esta santa imagen natural del monte Eubea en el Negro-Ponto se cansó un día de su patria. Sintiendo un deseo de locomoción bien lisonjero para el Occidente, se apareció á un sacerdote y le mandó que la trasportase á Montenero. El sacerdote se informó de la parte del mundo donde se hallaba esta montaña y supo que estaba en los alrededores de Liorna. Inmediatamente se puso en camino llevando consigo la santa imagen, y después de un viage de dos meses llegó á su término, el que le fué indicado por uno de los mas señalados milagros: la madona se hizo tan pesada que fué imposible

al sacerdote dar un paso mas. Comprendió que había llegado á su destino: se detuvo pues; y con la limosna de los fieles fundó el monasterio de Montenero.

Un año después el capitán de un buque liornés habiendo hecho un viage al monte Eubea, declaró haber tomado en la montaña misma que había habitado la Madona durante dos ó tres siglos la medida del sitio que ocupaba: esta medida concordaba exactamente con su ancho y su altura.

Desde entonces ya no hubo dudas sobre la realidad del milagro sino para los artistas, que reconocieron la madona por una pintura de Margaritone, uno de los contemporáneos de Cimabue; el mismo Margaritone que creyó haber recompensado dignamente á Farinato de los Huberti llevándole, cuando salvó á Florencia, después de la batalla de Monte Aperto, un crucifijo pintado por su mano. Castigó Dios su orgullo: el pobre anciano murió de pesar al ver los progresos que Cimabue había hecho hacer al arte.

Recomendamos á los artistas la Madona de Montenero como un monumento curioso de la pintura griega del siglo trece.

Por la noche al volver nos ajustamos con un veturino y al día siguiente á las nueve salimos para Florencia.

REPUBLICAS ITALIANAS.

Una palabra de historia sobre la Italia que vamos á recorrer: dando primero la vuelta al tronco, veremos después en seguida en que dirección se extienden todas las ramas.

Dios puso seis días en su Génesis, la Italia seis siglos en el suyo.

Sobre todo fueron las ciudades de las costas las primeras que se encontraron maduras para la libertad. Ya en el tiempo de Colon se había notado que los marinos eran los mas independientes de los hombres. Así como los desiertos, la mar es un refugio contra la tiranía: el hombre que se halla sin cesar entre el cielo y el agua, rico y poderoso con el espacio que tiene ante sí, tiene gran trabajo en reconocer otro señor que Dios.

Resultaba de aquí que Génova y Pisa dependían mas del imperio como ciudades del interior. Pero mas que ellas, sin embargo, se habían sustraído poco á poco á su dominio. En las expediciones que hacían por su propia cuenta á las islas de Córcega y de Cerdeña, trataban hacia largo tiempo de la paz y de la guerra, de los rescates y de los tributos, y

esto según su buena voluntad, y sin dar cuenta á nadie. Gracias á este camino hácia la independencia, estas dos ciudades se hallaban ya á fines del siglo X en un estado tan grande de prosperidad, que en 982, Oton envió siete de sus barones para obtener de la marina pisana un refuerzo de galeras que le auxiliase en su expedición de Calabria. Mientras se hallaban en Pisa murió Oton. Esta muerte hacia inútil su viage, pero no sin envidiar la suerte de los toscanos, que habían visto la fertilidad de sus llanuras y la riqueza de sus ciudades. Seducidos por las promesas de porvenir que el cielo había hecho á aquel hermoso país, obtuvieron de la municipalidad los títulos de ciudadanos, y de su obispo la infeudación de algunos castillos. Este fué el tronco de las siete familias pisanas que permanecieron tres siglos á la cabeza de la fracción güelfa ó de la gibelina. Se llamaban Visconti, Godimari, Orlandi, Vecchionessi, Güalandi, Sismondi, Lanfranchi.

Por su parte Génova, tendida al pie de sus áridas montañas que la separan cual un muro de la Lombardia, orgullosa con uno de los mas bellos puertos de Europa, poblado ya de buques en el siglo X, sacando de su situación el beneficio de hallarse aislada de la sede del imperio, se entregaba con todo el ardor de su juvenil existencia, al comercio y á la marina. Saqueada en 936 por los sarracenos, poco menos de un siglo después se aliaba con los pisanos para ir á llevarles á Cerdeña el hierro y el fuego que habían venido á traer de la Liguria: y Caffaro, autor de su primera crónica comenzada en 1104 que llega á 1164, nos dice que en aquella época, Génova tenía ya magistrados supremos, y aquellos magistrados llevaban el título de cónsules que gobernaban alternativamente en número de cuatro ó de seis, y que permanecían en sus puestos tres ó cuatro años.

En cuanto á las ciudades del centro de la Italia, habían quedado rezagadas. El espíritu de libertad que había pululado sobre las costas había pasado sobre Milan, sobre Florencia, Perusa y Arezzo, ciudades que no teniendo mar para lanzar en él sus velas, habían continuado sus señores obedeciendo á los emperadores; cuando el monge Hildebrando fué llamado en 1075 al pontificado bajo el nombre de Gregorio VII. Enrique IV reinaba entonces.

Apenas habían pasado tres años desde la exaltación del nuevo papa, en el que debía personificarse la democracia de la edad media, cuando echando los ojos sobre la Europa y viendo fructificar al pueblo en todas partes como las espigas en abril, comprendió que el sucesor de San Pedro era el que debía recoger la mies de libertad que había sembrado la palabra de Jesucristo. Desde 1076 publicó, pues, una decretal que prohibía á sus sucesores someter su nombramiento al poder tempo-

ral: desde este día la silla pontifical se colocó al nivel del trono del emperador y el pueblo tuvo su César.

Sin embargo, Enrique IV no era de carácter de renunciar sus derechos, así como Gregorio VII no tenía ánimo de someterse á él: respondió á la decretal con un rescripto; su embajador vino en nombre suyo á Roma á mandar al pontífice soberano que se despojase de la tiara y que los cardenales se fuesen á su corte á fin de designarles otro papa. Encontróse la lanza con el escudo, el hierro había rechazado al hierro. Gregorio VII respondió excomulgando al emperador.

A la noticia de esta medida reunieronse los príncipes alemanes en Terburgo, y como el emperador en su cólera se había escudido de sus derechos, que se extendían á la investidura y no al nombramiento, amenazaban despojarle en virtud del mismo derecho que él había escudido, si en el término de un año no se reconciliaba con la Santa Sede.

Enrique se vió obligado á obedecer. Se presentó como suplicante en la cima de aquellos Alpes que había amenazado pasar como vencedor: en un invierno rigoroso atravesó la Italia para ir de rodillas y descalzo á pedir al papa la absolución de su culpa. Asti, Milan, Perusa, Cremona y Lodi le vieron pasar así: y fuertes con su debilidad aprovecharon el pretexto de su excomunión para librarse de sus juramentos. Por su parte, Enrique IV temiendo irritar todavía al papa ni aun intentó hacerlas entrar en su obediencia y ratificó su libertad: ratificación que en realidad no necesitaban, así como el papa la investidura. De esta división entre la Santa Sede y el emperador, entre el pueblo y el feudalismo, nacieron las facciones Güelfa y Gibelina.

Durante este tiempo y como para preparar la libertad de Florencia, Godofredo de Lorena, marqués de Toscana, y Beatriz su muger, murieron el uno en 1070 y la otra en 1076, dejando á la condesa Matilde heredera y soberana del mas grande feudo que jamás ha existido en Italia. Casada dos veces, la primera con Godofredo el Joven, la segunda con Güelfo, perdió sucesivamente á los dos esposos y murió sin heredero, legando sus bienes á la silla de San Pedro.

Esta muerte dejó á Florencia casi libre para imitar á las demas ciudades de Italia. Erigióse, pues, en república, dando á su vez el ejemplo que había recibido á Siena, á Pistoia y Arezzo. Sin embargo, la nobleza florentina sin permanecer indiferente á la gran cuestión que dividía á la Italia no había entrado en ella con el mismo calor que las otras ciudades: había permanecido dividida, es verdad, en dos partidos pero no en dos campos. Cada uno de estos partidos observaba con mas desconfianza al otro, y si no era la paz lo que había tampoco era la guerra.

Entre las familias güelfas una de las mas no-

bles, de las mas poderosas y de las mas ricas era la de Buon del Monte. El primogénito de esta casa estaba desposado con una jóven de la familia de los Amadei aliada á los Huberti y conocida por sus opiniones gibelinas. Buon del Monte, de los Buon del Monti, era señor de Montebuono en el valle del Arno Superior, y habitaba un soberbio palacio construido en la plaza de la Trinidad.

Un dia que, segun su costumbre, atravesaba á caballo y magníficamente vestido las calles de Florencia, se abrió al pasar una ventana y se oyó llamar por su nombre.

Volvióse Buon del Monte: pero viendo que la que le llamaba estaba cubierta con un velo, prosiguió su camino.

La dama le llamó segunda vez y alzó su velo.

Entonces Buon del Monte la reconoció por ser de la casa de los Donati, y deteniendo su caballo la preguntó con cortesía qué era lo que tenia que decirle.

—No tengo mas que felicitarte sobre tu pronto matrimonio, Buon del Monte, le dijo la dama con tono burlon; no deseo mas que admirar tu abnegacion que te hace aliarte á una casa tan inferior á la tuya. Sin duda un antepasado de los Amadei habrá hecho un gran servicio á uno de los tuyos y tú pagas la deuda de la familia.

—Os equivocais, noble dama, respondió Buon del Monte, si existe alguna distancia entre nuestras dos casas, no es el agradecimiento el que la borra si no el amor. Amo á Lucrecia Amadei mi futura esposa y me caso con ella porque la quiero.

—Perdon, señor Buon del Monte, continuó la Gualdrada; pero me parece que el mas noble debia casarse con la mas rica, el mas rico con la mas noble, y el mas hermoso con la mas hermosa.

—Pero hasta ahora, respondió Buon del Monte, no hay mas que el espejo que he hecho traer de Venecia que me haya enseñado un rostro comparable al de Lucrecia.

—Habeis buscado mal, monseñor, ú os habeis cansado muy pronto. Perderia en breve Florencia su nombre de ciudad de las flores si no contase en su parterre otra rosa mas hermosa que la que vais á coger.

—Florencia tiene pocos jardines que yo no haya visto, pocas flores cuyos colores yo no haya admirado, cuyos perfumes yo no haya respirado: solo las margaritas y las violetas habrán podido escaparse á mis ojos ocultándose entre la yerba.

—Todavía hay azucenas que brotan en la márgen de las fuentes, que crecen á la sombra de los sauces y bañan sus pies en el arroyo para conservar su frescura, su belleza y su pureza.

—¿Tiene el jardín del palacio de la señora Gualdrada alguna cosa semejante que hacerme ver?

—Tal vez si el señor Buon del Monte se digna hacerme la honra de visitarme.

Buon del Monte arrojó la brida de su caballo en manos de su page y se lanzó al palacio Donati.

La Gualdrada lo esperaba en lo alto de la escalera: le llevó por los corredores oscuros hasta un cuarto retirado. Abrió la puerta, levantó la cortina de tapiz y Buon del Monte vió una jóven dormida.

Quedóse estático de admiracion Buon del Monte; nada mas hermoso, mas fresco ni mas puro habian visto hasta entonces sus ojos. Era una de esas cabezas rubias tan raras en Italia de que Rafael ha hecho el tipo de sus vírgenes; era un tinte tan blanco que erecristase que se habia abierto al pálido sol del Norte: era un talle tan esbelto, tan flexible, tan aéreo, que Buon del Monte temia respirar de miedo de que aquel ángel al despertar no volviese á subir al cielo.

La Gualdrada volvió á dejar caer la cortina. Buon del Monte hizo un movimiento para detenerla. Ella le contuvo la mano.

—Hé aquí la esposa que yo te habia guardado, solitaria y pura, le dijo: pero tú te has dado mucha prisa, Buon del Monte, has ofrecido tu corazon á otra, márchate. Está bien, márchate y sé feliz.

Buon del Monte suspenso guardaba silencio.

—Y bien, continuó la Gualdrada, ¿olvidas que la bella Lucrecia te espera?

—Escucha, le dijo Buon del Monte cogiéndola la mano, si yo renunciase á este amor y rompiese los compromisos contraídos, si ofreciese casarme con tu hija, ¿me la darías?

—¿Y cuál seria la madre tan vana ó tan insensata que rehusase la alianza con un Montebuono?

Entonces Buon del Monte alzó la cortina, se arrodilló junto al lecho de la jóven, cuya mano cogió, y como la dormida entreabriese los ojos: despertó, mi querida esposa, le dijo. Despues volviéndose hácia la Gualdrada: acudid á buscar al sacerdote, madre mia, y si vuestra hija me acepta por esposo, llevadnos al altar.

El mismo dia Buon del Monte se casó con Lucia Gualdrada de la casa de Donati.

Al dia siguiente se difundió la noticia de aquel matrimonio. Los Amadei dudaron algun tiempo la injuria que se les habia hecho, pero llegó el momento en que no pudieron dudar ya. Entonces convocaron á sus parientes los Huberti, Difanti, Lamberti y Gualdlandi, y cuando estuvieron reunidos les espusieron la causa de aquella reunion.

En aquellos tiempos de honor irascible, de resentimiento y de venganza, semejante afrenta no podia lavarse sino con sangre. Mosca propuso la muerte de Buon del Monte, y su muerte quedó acordada por unanimidad.

En la mañana de Pascua, acababa Buon

del Monte de atravesar el puente Viejo y bajaba el Longo Arno, cuando muchos hombres á caballo como él desembocaron en la calle de la Trinidad, y salieron á su encuentro. Llegados á cierta distancia se separaron en dos grupos á fin de atacar por dos lados. Buon del Monte reconoció en los que hácia él venian sus enemigos: pero sea confianza en su lealtad ó en su valor, continuó su camino sin dar muestras de desconfianza: lejos de ello, al llegar cerca de ellos los saludó con cortesía. Entonces Schazeto de los Huberti, sacó de debajo de su capa su brazo armado con una maza, y de un solo golpe derribó á Buon del Monte de su caballo. En el mismo momento Addo Azighi echando pie á tierra, por miedo de que no estuviere mas que aturdido, le cortó las venas con su cuchillo. Buon del Monte se arrastró hasta los pies de Marte, protector pagano de Florencia, cuya estatua estaba todavia en pie, y espiró.

No tardó en propagarse la noticia de esta muerte en la ciudad. Todos los parientes de Buon del Monte se reunieron en la casa mortuoria, hicieron enganchar un carro, y colocaron en un ataúd descubierto el cuerpo de la víctima. La jóven viuda se sentó sobre el ataúd, apoyó la cabeza hecha pedazos de su esposo en su pecho: los parientes mas próximos le rodearon, y la comitiva se puso en marcha por las calles de Florencia precedida del anciano padre de Buon del Monte, que vestido de luto, y montado en un caballo con arneses enlutados, gritaba de tiempo en tiempo con sorda voz: ¡venganza! ¡venganza! ¡venganza!

A vista de aquel cadáver ensangrentado, á vista de aquella hermosa viuda llorando y con los cabellos sueltos, y á vista de aquel padre que acompañaba al ataúd del hijo que hubiera debido seguir el suyo, se exasperaron los ánimos, y cada casa noble tomó partido segun sus opiniones, sus alianzas ó parentesco: cuarenta y dos familias de la primera gerarquía se hicieron güelfos, es decir, papistas, y tomaron el partido de Buon del Monte: veinte y cuatro se declararon gibelinas, es decir, imperialistas, y reconocieron á los Huberti por su gefe. Cada uno reunió á su partido, fortificaron sus palacios, levantaron sus torres, y durante treinta y tres años la guerra civil encerrándose en los muros de Florencia, corrió desenfrenada por sus calles y por sus plazas públicas.

Sin embargo, los gibelinos que, como se ha visto, eran numéricamente mas débiles en una mitad, desesperando de vencer si se veian reducidos á sus propias fuerzas, se dirigieron al emperador que les envió mil seiscientos caballeros alemanes. Introdújose esta tropa furtivamente en la ciudad por una de las puertas pertenecientes á los gibelinos, y la noche de las Candelas, en 1248, el partido güelfo vencido, se vió obligado á abandonar á Florencia. Los vencedores dueños de la ciu-

dad, se entregaron entonces á esos excesos que eternizan las guerras civiles; treinta y seis palacios fueron demolidos y destruidas sus torres: el de los Toringi que domiaba la plaza del Mercado Viejo, y que se alzaba todo cubierto de mármol á la altura de ciento veinte brazas minado por su base, se hundió como un gigante. El partido del emperador triunfó, pues, en Florencia, y los güelfos permanecieron desterrados hasta 1254, época de la muerte de Federico II.

Produjo esta muerte una reaccion: los güelfos fueron llamados, el pueblo volvió á tomar una parte de la influencia que habia perdido.

Uno de sus primeros reglamentos, fué una orden de destruir las fortalezas tras de las cuales los caballeros desafiaban las leyes. Un rescripto obligó á los nobles á destruir las torres de sus palacios á la altura de cinco brazas, y los materiales que resultaron de esta demolicion, sirvieron para levantar las murallas de la ciudad, que no estaban fortificadas por la parte del Arno. En fin, en 1252 el pueblo, para consagrar la vuelta de la libertad á Florencia, acuñó con el oro mas puro esa moneda que se llama florin, del nombre de la ciudad que le dió nacimiento, y desde hace setecientos años ha permanecido con el mismo busto, y con el mismo peso, sin que ninguna de las revoluciones que han sobrevivido á la que al florin debe su nacimiento, se haya atrevido á cambiar su sello popular ó alterar su oro republicano.

Sin embargo, los güelfos, mas generosos ó mas confiados que sus enemigos, habian permitido á los gibelinos permanecer en la ciudad; aprovecharon estos de la libertad para urdir una conspiracion que fué descubierta. Los magistrados les dieron orden entonces de venir á justificar su conducta, pero los rechazaron los arqueros del Podestá á pedradas y con flechas. El pueblo entero se levantó tambien, vino á atacar á los enemigos en sus casas, los sitió en los palacios y en las fortalezas: en dos dias concluyó todo.

Schazeto de los Huberti, el que con su maza habia matado á Buon del Monte, murió con las armas en la mano. Otro Huberti y un Infangati tuvieron la cabeza cortada en la plaza del Mercado Viejo, y los que escaparon de la matanza ó de la justicia, guiados por Farinata de los Huberti, salieron de la ciudad y fueron á Siena á pedir un asilo, que les concedió.

Farinata de los Huberti era uno de esos hombres de la familia del baron de los Adrest, del condestable de Borbon, y de esos campeones de guerra con un brazo de hierro y un corazon de bronce, cuyos ojos se abren en una ciudad sitiada y se cierran en un campo de batalla.

La muerte del emperador privaba de sus recursos ordinarios á los gibelinos, que eran dirigirse al emperador. Enviaron entonces di-

putados á Manfredo, rey de Sicilia: estos diputados pedían un ejército. Manfredo ofreció cien hombres. Estaban los embajadores á punto de rehusar aquella oferta, que miraban como una burla, pero Farinata les escribió: aceptad, lo importante es tener la bandera de Manfredo entre nosotros, que cuando la tengamos, yo veré de plantarla en tal sitio que sea necesario que nos envíe un refuerzo para recogerla.

Entretanto el ejército güelfo persiguió al gibelino, y vino á establecer su campo delante de la puerta de Camelgisse, cuyo polvo era tan dulce á Alferi; á Camelgisse mi godo il pulverone.

Después de algunas escaramuzas sin consecuencia, habiendo recibido Farinata los cien hombres de armas de Manfredo, mandó una batida, y los hizo distribuir los vinos mas exquisitos de la Lorena. Después, cuando vió empeñado el combate entre güelfos y gibelinos, bajo pretexto de librar á los suyos, se puso á la cabeza de sus auxiliares alemanes y los hizo dar una carga tan fuerte, que sus cien hombres de armas se encontraron envueltos por sus enemigos. Los alemanes se batieron como desesperados, pero la lucha no era igual para que el valor pudiese algo en ella. Todos cayeron: Farinata solo y por milagro, se abrió paso y pudo reunirse á los suyos cubierto de la sangre de sus enemigos, cansado de matar, pero sin ninguna herida.

Habia logrado su objeto: los caballeros y los soldados de Manfredo gritaron venganza; el estandarte real, llevado á Florencia, habia sido arrastrado por el lodo y hecho trizas por el populacho. Habia recibido una afrenta la casa de Suabia, se habia manchado el escudo imperial. Una victoria podia solo vengar la una y limpiar el otro. Farinata de los Huberti escribió al rey de Sicilia contándole la batalla: Manfredo le respondió enviándole dos mil hombres.

Entonces el leon se convirtió en zorro para traer á los florentinos á una mala posición. Farinata fingió tener celos de los gibelinos. Escribió á los Conceini para indicarles una cita á un cuarto de legua de la ciudad: doce hombres le aguardaron allí, él fué solo. Les ofreció si querían mandar un ejército poderoso contra Siena, entregarles la puerta de San Vito. Los gefes gibelinos no querían acceder sino con el parecer del pueblo. Volvieron, pues, juntaron consejo, Farinata entró en la ciudad. La asamblea era tumultuosa. La mayoría era de opinión de acceder, pero algunos mas previsores temían una traición. Los Conceini que habían entrado en la negociación, y que debían sacar de ella honra, lo apoyaban con todo su poder; el pueblo apoyaba á los Conceini. El conde Didiegüere y Aldobrandini trataron en vano de oponerse á la mayoría: el pueblo no quiso escucharles. Entonces Buon de Güerardini, conocido por su pruden-

cia y adhesión á la patria, se levantó y trató de hacerse oír. Pero los Conceini le mandaron callarse. No por eso dejó de continuar su discurso. Los magistrados le condenaron á cien florines de multa. Güerardini consintió en pagarlos si á ese precio le concedían la palabra. Doblaron la multa; Güerardini aceptó el nuevo castigo diciendo que nunca podría pagar demasiado cara la facultad de dar un buen consejo á la república. En fin, hicieron subir la multa hasta la cantidad de cuatrocientos florines sin que pudieran hacerle callar. Esta abnegación, este sacrificio que se tomó por terquedad, irritó los ánimos, y se propuso y adoptó la pena de muerte contra aquel que se atreviese á oponerse así á la voluntad del pueblo. Fué intimada inmediatamente la sentencia á Güerardini que la escuchó tranquilo; después, levantándose una última vez:

—Haced llevarme al cadalso, dijo, pero dejadme hablar mientras lo levantan.

En lugar de caer á los pies de aquel hombre, lo arrestaron y le llevaron á la cárcel. Entonces, como él era el solo que se oponía, y además, ninguno tenía corazón para seguir semejante ejemplo, la proposición fué adoptada. Florencia tuvo que pedir inmediatamente socorro á sus aliados. Bolonia, y las demás ciudades respondieron á su invitación. Al cabo de dos meses, los güelfos habían reunido tres mil caballos, y treinta mil infantes.

El lunes 3 de setiembre de 1260 salió muy secretamente aquel ejército de los muros de Florencia, y marchó hácia Siena. En medio de una guardia escogida entre los mas valientes, rodaba el Caroccio. Era este un carro dorado tirado por dos bueyes cubiertos con guairopas encarnadas, de en medio del cual se elevaba una cadena rodeada á un globo dorado. Encima de este globo flotaba el estandarte de Florencia, que en el momento del combate era confiado solo al que se reputaba por mas valiente. Encima un Cristo crucificado parecía bendecir al ejército con sus brazos abiertos. Una campana colocada cerca de él llamaba hacia un centro común á los que la pelea dispersaba. Y esta pesada atalaya que llevaba el Caroccio, quitando todo medio de huir, forzaba al ejército ó á abandonar con oprobio, ó á defenderle con encarnizamiento.

Esta era una invención de Heriberto, arzobispo de Milan, que queriendo regularizar é igualar la caballería de las ciudades á las de las aldeas, la habia usado por la vez primera en la guerra contra Conrado. Así era el medio de que la caballería arreglase su paso al de esta pesada máquina.

El que le guiaba era un anciano de setenta años llamado Juan Tornequila. Sobre la plataforma del Caroccio, reservado á los mas valientes, estaban sus siete hijos, á los que habia hecho jurar antes que un solo enemigo tocara á aquel arca del honor de la edad media.

En cuanto á la campana habia sido bendecida por el papa Martin, y en honor de su padrino se llamaba Martinella.

El 10 de setiembre al amanecer se encontró el ejército sobre el monte Aperto, situado á cinco millas de Siena hácia la parte oriental de la ciudad que esperaba sorprender. Inmediatamente un obispo subió sobre la plataforma del Caroccio y dijo la misa, que todo el ejército oyó solemnemente de rodillas con la cabeza descubierta. Después, terminado el santo sacrificio, desplegó el estandarte de Florencia, y lo entregó en manos de Jacoppo de Vacca de la familia de los Pazzi.

Apenas estaban allí cuando se abrió la puerta de San Vito. La caballería alemana salió la primera, detrás los magistrados florentinos, aunque sin Farinata, después se presentaron los ciudadanos de Siena con su caballería, constituyendo en todo unos trece mil hombres. Los florentinos viendo que los habían hecho traición, compusieron su ejército con la caballería, y pensando que eran uno contra tres, dieron grandes gritos de insulto y provocación, y se dispusieron á hacer cara al enemigo.

En aquel momento, el obispo que habia dicho la misa, y que como todos los hombres privados de un sentido habia ejercitado los otros en reemplazar á este, oyó tras de sí ruido, se volvió y sus ojos débiles como estaban erayeron visar entre él y el horizonte una línea que un instante antes no existía. Tocó en el hombro á su vecino y le preguntó si lo que veía era una muralla ó una niebla.

—Ni lo uno, ni lo otro, dijo el soldado, son los escudos de los enemigos.

En efecto, un cuerpo de caballería alemana habia flanqueado el Monte Aperto, pasado el Arbia por un vado, y atacaba la espalda del ejército florentino mientras que el resto de los sieneses le presentaba de frente la batalla.

Entonces Jacoppo del Vacca, pensando que habia llegado la hora de dar la batalla, levantó sobre todas las cabezas el estandarte de Florencia que representaba un leon, y gritó: —¡Adelante!

Pero en el mismo momento Bocca de Abatiti, que era gibelino, con toda su alma, sacó la espada de la vaina, y de un solo tajo derribó la mano y el estandarte. Después gritando: ¡já mi los gibelinos! se separó con trescientos nobles del mismo partido del ejército güelfo para ir á reunirse á la caballería alemana.

Grande era entretanto la confusión entre los florentinos. Jacoppo de Vacca levantaba su mutilado y ensangrentado brazo gritando: ¡traición! Nadie pensó en recoger del suelo el estandarte pisoteado por los caballos, y cada cual viéndose cargado por el que un momento antes creía su hermano, en lugar de apoyarse sobre su vecino, se alejaba de él, te-

miendo mas la espada que debía defenderle que la que debía atacarle.

Entonces el grito de ¡traición! proferido por Jacoppo de Vacca corrió de boca en boca, y cada caballero olvidando la salvación de la patria, para no pensar mas que en la suya, echó por el lado que le pareció menos peligroso, dando su vida á la velocidad de su caballo, y dejando espirar su honor en lugar suyo en el campo de batalla, tanto que de aquellos tres mil hombres, que eran toda la flor de la nobleza, treinta y cinco permanecieron solo y no quisieron huir, y allí murieron.

La infantería, que estaba compuesta del pueblo de Florencia y de gentes allegadizas de las ciudades aliadas se portó mejor, y se acoderó sobre Caroccio. En aquel punto se concentró el combate, y la gran carnicería que, según el Dante, tiñó de encarnado el agua del Arbia.

Lo strazio é le grande scempio
che fece l' Arabia colorata in rosso.

Pero privados de su caballería no podían mantenerse los güelfos, porque los únicos que habian quedado sobre el campo de batalla eran, como hemos dicho, gente del pueblo, que armada de improvisó y de mala manera con hoces, bieldos y alabardas no habian tenido que oponer á la longitud de la lanza y á la espada de dos manos de los caballeros sino escudos de madera, corazas de búfalo, ó petos acolchados.

Los hombres y los caballos revestidos de hierro entraban así fácilmente en medio de aquellas masas, y las hacían profundos claros: mas sin embargo, animadas por el sonido de Martinella, que no cesaba de tocar tres veces, volvieron á rehacerse aquellas masas, rechazando de sí la caballería alemana, que tres veces salió mermada y ensangrentada como un hierro de una herida.

En fin, con el auxilio de la diversion que hizo Farinata á la cabeza de los emigrados florentinos y del pueblo de Siena, llegaron los caballeros hasta el Caroccio. Pasó entonces á vista de los dos ejércitos un hecho maravilloso: fué el de un anciano de la guardia á la que hemos dicho que el Caroccio estaba confiado y que habia hecho jurar á sus siete hijos morir en el sitio donde él los habia colocado.

Durante todo el tiempo que habia ya habido el combate, los siete jóvenes habian permanecido sobre la plataforma del Caroccio, desde donde dominaban el ejército; y tres veces habian vuelto los ojos con impaciencia hácia su padre; pero una señal del anciano los habia contenido: en fin, habia llegado la hora en que era preciso morir: el anciano gritó á sus hijos, ¡vamos!

Saltaron los jóvenes del Caroccio, á excepción de uno solo á quien su padre agarró por el brazo: este era el mas joven, y por

consecuencia el mas amado: tenia apenas diez y siete años, y se llamaba Arnolfo.

Los seis hermanos estaban armados como caballeros, es decir, con corazas de hierro; así resistieron valerosamente el choque de los gibelinos. Durante este tiempo, el padre, con la mano que no sujetaba á Arnolfo tocaba la campana á reunion: los güelfos cobraron ánimo, y los caballeros alemanes fueron rechazados por cuarta vez. El anciano volvió hácia él á cuatro de sus hijos; dos habian caído ya para no levantarse jamás.

En el mismo instante por el lado opuesto se oyeron grandes gritos, y se vió abrirse la muchedumbre: era Farinata de los Huberti á la cabeza de los emigrados florentinos: habian seguido á la caballería güelfa hasta que se aseguró que no volveria mas al combate, cual hace el lobo que aleja los perros antes de arrojarlos sobre el rebaño.

El anciano, que dominaba la refriega, le reconoció en su penacho, en sus armas, y todavía mas en sus golpes. El hombre y el caballo no parecian hacer sino una sola pieza, y se semejaban á un monstruo cubierto con sus mismas escamas. Cuanto caía bajo el golpe del uno era pisoteado al punto por los pies del otro; todo le hacia paso ante él. El anciano hizo señal á sus cuatro hijos, y Farinata vino á tropezar contra un muro de hierro. Inmediatamente aquellas masas se estrecharon en derredor de sí, y volvió á comenzar el combate.

Farinata era el único entre las gentes de á pie que dominaba con toda la altura de su caballo, porque habia dejado á los otros caballeros gibelinos y alemanes muy detrás de él. Podia el anciano seguir con los ojos su fulminante espada, que se levantaba y bajaba con la regularidad de un martillo de fragua: oír el grito de muerte que seguía á cada golpe. Dos veces creyó reconocer la voz de sus hijos; sin embargo, no cesó de tocar la campana. Únicamente con la otra mano apretaba con mas fuerza el brazo de Arnolfo.

Al fin retrocedió Farinata, pero como retrocede un leon destrozado y rugiendo. Dirigió su retirada hácia la caballería florentina de los emigrados que cargaba para socorrerlo. Entre el momento que pasó antes de que pudiese alcanzarlos, vió el anciano volver á dos de sus hijos. Ni una lágrima se deslizó de sus ojos; ni una queja exhaló su corazón: únicamente estrechó á Arnolfo contra su pecho.

Pero Farinata, los emigrados florentinos y los caballeros alemanes, se hallaban reunidos; y mientras todo el ejército sienés cargaba por su parte, la infantería contra la infantería, se preparaba á cargar por la suya.

El último ataque fué terrible. Tres mil hombres á caballo y cubiertos de hierro se lanzaron en medio de diez ó doce mil infantes que permanecian todavía alrededor del

Caroccio: entraron en aquella masa, abriendo sus filas, como una inmensa serpiente de que la espada de Farinata era el Jardo. El anciano vió adelantarse el monstruo enroscando sus gigantescos anillos: hizo seña á sus dos hijos: lanzáronse delante del enemigo con toda la reserva: Arnolfo lloraba de vergüenza por no seguir á sus hermanos.

El anciano los vió caer uno á uno. Entonces puso la cuerda de la campana en mano de Arnolfo, y saltó de la plataforma: el pobre padre no habia tenido valor de ver morir á su sétimo hijo. Farinata pasó sobre el cuerpo del padre, como habia pasado sobre el cuerpo de los hijos. El Caroccio fué cogido; y como Arnolfo continuaba en tocar la Martinella á pesar de las órdenes contrarias que recibía, Della Presa subió sobre la plataforma, y le partió la cabeza de un hachazo.

En el momento en que los florentinos no oyeron la voz de Martinella, no trataron ni aun de reunirse. Cada cual huyó por su lado: algunos se refugiaron en el castillo de Monte Aperto, donde fueron hechos prisioneros al día siguiente: diez mil hombres quedaron tendidos en el campo de batalla.

La pérdida de la batalla de Monte Aperto ha quedado para Florencia como uno de esos grandes desastres, cuya memoria se perpetua de generacion en generacion. Despues de cinco siglos y medio todavía el florentino enseña con tristeza á los viajeros el sitio del combate, y busca en las agnas del Arbia aquel rojizo tinte que las habia dado la sangre de sus antepasados. Por su parte los sienéses se envanece todavía hoy con su victoria. Las antenas del Caroccio, que vió caer tantos hombres en derredor suyo en aquella fatal jornada están preciosamente conservadas en la basílica, como Génova conserva en sus puertas las cadenas del puerto de Pisa, como Perugia guarda en la ventana del palacio municipal el leon de Florencia. ¡Pobres ciudades de quienes no queda de su libertad antigua mas que los trofeos que se han arrebatado las unas á las otras! ¡Pobres esclavas á quienes sus señores por burla sin duda han clavado en la frente sus coronas de reina!

El 27 de setiembre el ejército gibelino se presentó delante de Florencia, en donde encontró á todas las mugeres de luto: porque dice Villani, no habia una sola que no tuviese que llorar la muerte de un hijo, de un hermano ó de un marido. Las puertas estaban abiertas: no se hizo oposicion alguna. Al día siguiente todas las leyes güelfas fueron abolidas, y el pueblo, dejando de tener parte en el consejo, volvió á entrar en la dominacion de la nobleza.

Entonces una dicta de las ciudades gibelinas de la Toscana se convocó en Empoli. Los embajadores de Pisa y de Siena declararon que no veian otros medios de extinguir la guerra civil que destruir completamente á

Florencia, verdadera ciudad de los güelfos y que no dejaría nunca de favorecer aquel partido. Los condes Guido y Alberti, los Santafior y los Ubaldini apoyaron esta proposicion.

Todos los señores aplaudieron, ora por ambicion, ora por odio, ora por temor. Iba á adoptarse la mocion, cuando Farinata de los Huberti se levantó.

Sublime fué el discurso aquel que pronunció este florentino por Florencia; este hijo ahogando en favor de su madre; este victorioso pidiendo gracia para los vencidos, ofreciendo morir para que viviese su patria, comenzando como Coriolano y terminando como Camilo.

La palabra de Farinata venció en el consejo, como su espada habia vencido en la batalla. Florencia fué salvada: los gibelinos restablecieron allí la sede de su gobierno; y el conde Guido Novello, capitán de gendarmes de Manfredó, fué nombrado gobernador de la ciudad.

En el quinto año de esta reaccion imperial nació en Florencia un niño que recibió de sus padres el nombre de Alighieri, y del cielo el del Dante.

Duraron así las cosas desde 1260 hasta 1266.

Pero una mañana se supo en Florencia que Manfredó, aquel gran protector del partido gibelino habia sido muerto en la batalla de Grandella, y que aquel que habia hecho temblar la Italia, no tenia otro sepulcro que la piedra que al pasar habia arrojado sobre su cadáver cada soldado del ejército francés. Tambien se supo entonces que el arzobispo de Cosenza, habiendo envidiado aquel sepulcro improvisado por la piedad de sus enemigos, habia hecho extraer su cuerpo y lo habia hecho arrojar sobre las fronteras del reino en las orillas del rio Verde.

Se comprende la mudanza que causó esta noticia en el partido güelfo. Manifestó el pueblo su alegría con gritos é iluminaciones; acercáronse á la ciudad los desterrados, no esperando mas que el momento de entrar en ella; y Guido Novello y sus mil quinientos gendarmes, que es todo lo que habia quedado despues de la batalla de Monte Aperto, salió como un naufrago sobre una roca que ve á cada instante la marea creciente.

En lugar de hacer esforzadamente frente al peligro, y mantener á Florencia por el temor, lo que hubiera sido posible aun con sus mil quinientos hombres, creyó Guido que aplacaría los ánimos, haciendo á los partidos esas concesiones que dan la medida de su fuerza. Hizo venir á Florencia para ser juntos *podestás* de Florencia, porque los *podestás* ya se sabe debian ser siempre extranjeros, dos caballeros de una nueva orden que acababa de levantarse, y que dispensaba de los votos de castidad y de pobreza, haciendo únicamente juramento de defender las viudas y los huér-

fanos. De estos caballeros el uno era gibelino, el otro güelfo. Se les compuso un consejo de treinta y seis peritos divididos políticamente del mismo modo; se autorizó á los ciudadanos á reunirse en corporaciones, y se formaron doce gremios de artes y oficios, de donde viene la denominacion de artes mayores y artes inferiores, que tan frecuentemente se encuentra en la historia de Florencia; se concedió á las siete artes mayores, que eran los juriscosultos, los mercaderes de paño estrangero, los banqueros, los fabricantes de lana, los médicos, los fabricantes de seda y especiería, y los plateros, estandar-tes bajo los cuales debieran colocarse en caso de alarma las artes inferiores; y se esperaba que de este contacto nacería una fusion.

Resultó precisamente todo lo contrario: del contacto nació un motin, en consecuencia del cual Guido y sus mil quinientos hombres se vieron obligados á abandonar á Florencia y retirarse á Prato.

Esta retirada fué la señal de la reaccion güelfa. Sintiendo incapaces de pelear los gibelinos abandonaron la partida: se salieron de la ciudad, y el gobierno, de aristocrático que era, se convirtió de la noche á la mañana en popular.

¿Dónde estaba en esta gran circunstancia Farinata de los Huberti? Su nombre no se pronuncia ni una sola vez en esta nueva catástrofe. El gigante desapareció como un fantasma, y no se le vuelve á hallar si no cuarenta años despues en el infierno del Dante, donde sumergido hasta la cintura en un sepulcro ennegrecido por las llamas, se queja, no del dolor que siente, sino del encarnizamiento con que los florentinos persiguen su nombre y su familia.

En efecto, los florentinos que no habian olvidado la derrota de Monte Aperto, habian dado una ley mandando que fuese arrasado el palacio de Farinata de los Huberti, que pasase el arado sobre sus cimientos, y que jamás se levantase sobre aquel terreno en donde habia sido concebido en un día de la cólera celestial el moderno Coriolano, ningún edificio público ni privado.

La misma ley mandaba que los Huberti fuesen para siempre exceptuados de todas las amnistias que en lo sucesivo se pudiesen conceder á los gibelinos.

Nos hemos estendido tanto sobre Florencia, porque vamos á visitar á Florencia desde luego, y nos hemos detenido en este año 1266, porque desde esta época casi datan los mas antiguos monumentos que haremos visitar con nosotros á nuestros lectores. En cuanto al resto de su historia, escrita la hallaremos sobre sus palacios, sus estatuas, y sus sepulcros; y á cada paso que demos por sus calles y sus plazas públicas tropezaremos con ella.